



TLATZOLTÉOTL
o Nuestra Señora
de la Inmundicia

V I K A F L E I T A S C A M P A M A R

Los contenidos y temáticas son de exclusiva responsabilidad del autor. Todos los Derechos Reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial, sin expresa autorización del autor.

Nightclub. Baño masculino de tres cubículos. Suciedad. Sólo uno de ellos tiene la puerta cerrada. De lejos, se escucha música electrónica. A lo largo de su monólogo -dirigido a quien estaría detrás de la puerta cerrada, y ocasionalmente, al público- el personaje (transexual¹, de entre 25 y 35 años) estará limpiando el lugar que apesta a inmundicia.

Mi madre murió cuando yo nací. En el parto. Ahí mismo la fue a quedar, la pobre. Ya casi no recuerdo su rostro. No piense mal, no soy una desalmada. Mi abuela me mostró fotos, me dijo: "mire mijo, esta era su mamá". Pero no las ando viendo todos los días... Y una se olvida. Para eso se inventaron los espejos, ¿no cree? Para que una no se olvide de su propia cara.

Breve pausa.

Usted me ve así, toda sucia, apestosa... Pero siga mi consejo: nunca se deje engañar por las apariencias. Nunca. Toda sucia, apestosa, sí... Pero así como me ve, yo soy hija de una divinidad. Sí, sí, así como lo oye. Entre los mexicas, mi madre fue una Cihuateteo.

Recita cual poema.

"Espíritus femeninos, hermanas de los Macuiltonaleque (dioses de los excesos), que eran almas de mujeres nobles muertas al dar a luz (mociuaquetzque). Se las honraba como a los hombres muertos en batalla. Parir era considerado un tipo de batalla y a sus víctimas se las honraba como a guerreros caídos." Wikipedia.

¿Se da cuenta? Cuánto hay para aprender. "Parir era considerado un tipo de batalla." Qué maravilla. Cuánta sabiduría.

Mi madre cayó muerta en la lucha, ¿comprende? De entre la sangre, la muerte, la inmundicia, nací yo. Como en un sacrificio. Para perpetuar nuestra estirpe. Deberían haber despedido su cuerpo terrenal a toda pompa. Con fiestas y todo. Un funeral digno de una guerrera. Pero no. *Breve pausa.* Por lo que me contaron, el funeral fue pues... así... normalito. Ay, mi pobre madre... una mujer divina.

¹ El personaje deberá ser interpretado por un hombre.

Tararea Mujer divina de Agustín Lara, mientras sigue limpiando:

*Mujer, mujer divina
tienes el veneno que fascina en tu mirar.*

*Mujer alabastrina
eres vibración de sonatina pasional*

Alabastrina... Rima con letrina, fíjese. Pero suena bonito, ¿no cree? "Mu-je-r-a-la-bas-tri-na". La vieja bruja era una enamorada de Don Agustín. Por eso me llamó como él. La vieja bruja es mi abuela. ¿Nos conocemos? Su cara me resulta familiar. Usted me puede llamar Agustina. Que también rima con letrina, fíjese. *Pausa breve.* ¿Usted la ve seguido? Digo, a su madre.

Se mete a limpiar uno de los cubículos. Sigue hablando desde ahí.

Por supuesto que me doy cuenta que la gente cuando entra me mira con asco. No soy estúpida. Pero una se acostumbra. Una se acostumbra a todo. Así son los humanos, ¿no cree? Además el asco es cultural, fíjese. Lo leí una vez en un libro de semiótica.

Reflexiona.

¿Quiere que le cuente algo gracioso? Me lo contó un francés que estuvo un buen ahí metido, ahí mismo donde está usted ahorita. ¡Ja! El pobre no estaba acostumbrado a tanto chile... Bueno, yo al principio tampoco. El estómago y los intestinos tardan en acostumbrarse. Yo estuve casi un año entero viviendo a pan. A puro bolillo. ¿Y qué quería que hiciera? Claro que en un momento me empecé a asquear -y como los niños que se ponen a jugar con la comida cuando ya no quieren comer- me puse a hacer muñequitos con el migajón.

Canta Con la frente marchita de Joaquín Sabina.

*Y no volví más a tu puesto del rastro a comprarte
corazones de miga de pan, sombreritos de lata.*

Toda una colección hice. Una colección de muñequitos de pan. Primero hice animalitos, luego personitas. Algunas que conocía, otras que imaginaba.

¿Pero qué le estaba contando? ¡Ah, sí, del francés! Mientras se retorció de dolor el pobre, me empezó a contar una historia. Resulta que un escritor -cuyo nombre ahorita no recuerdo- escribió sobre el nacimiento de un gigante.

Con acento afrancesado y fingiendo dolor de estómago.

La madre estaba a punto de parir. Empezó a chillar tan fuerte, que se le acercaron varias parteras y un chingo de gente. Tanta fuerza estaba haciendo la pobre -"¡ahí viene, ahí viene!"- que cuando metieron la mano pensando que estaban tocando la cabeza del niño...

Comienza a tentarse de risa.

... lo que en realidad la gigante estaba sacando era...

Sale del cubículo con las manos embarradas de mierda.

¡Una enorme pelota de caca!

Ríe a carcajadas.

¿Se imagina? ¡Lo primero que parió fue una bola... de...

Sigue riendo.

Una bola de mierda! Una de las parteras le dio de tomar un líquido que parara tanta inmundicia... Un astringente o algo así. Pero tanto le cerró los esfínteres, tanto pujaba... ¿Qué cree que pasó? El gigante le subió por las tripas... ¡Y terminó saliéndole por la oreja izquierda!

Ríe exageradamente.

¡De la oreja izquierda le nació!

Se calma de a poco.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar, no? Al fin de cuentas, si Baco fue engendrado del muslo de Júpiter y la bella Helena nació de un huevo... Cada uno nace como puede, ¿no le parece?

Pausa breve.

Le confieso que me hace bien hablar con usted. Espero no le incomode. Su cara me resulta familiar. Pero claro... son tantos los hombres que pasan por aquí cada noche... puede ser que lo haya visto en alguna oportunidad. O no.

Bueno, le decía. La vieja bruja me hacía limpiar los baños de la casa. Sin guantes. Con el tiempo me fui dando cuenta que era una especie de castigo por haber matado a mi mamá. A su hija, pues. Bueno, técnicamente -lo que se dice técnicamente- no es que yo la haya matado. Yo no la maté, ¿me entiende? YO-NO-LA-MATÉ. ¿Qué culpa tengo de haber nacido en pleno campo de batalla? Pero en sus ojos, algo me decía que me odiaba por eso. Un día entró a su cuarto y me vio vestida con su ropa. Con sus collares y sus pendientes. Tenía unos preciosos. Mi preferido era uno de perlas enormes. Me echó de la casa. ¡A mí! ¡La hija de una divinidad! ¡De una guerrera! ¿Se da cuenta? Tuve que salir a ganarme el pan, a hacer lo que mejor sabía hacer. Y aquí me tiene.

Breve pausa.

¿Lo estoy aburriendo? Mire que si hay algo que no me gusta es aburrir o incomodar a la gente. Usted me dice. Si no quiere abrir, me golpea la puerta o algo y yo paro. No hay problema. Yo paro. *Parar* es mi segundo apellido. Lo mismo si se queda sin papel. Me avisa y yo le alcanzo. No lo voy a estar mirando, no se preocupe. ¿Seguro no nos conocemos? ¡Ah! Le contaba de mi colección de muñequitos de pan. Le decía que primero hice animalitos: un elefantito, un caballito, una jirafita, un cerdito. Hasta un

Tiranosaurus Rex de pan hice. Un día, me empezaron a encargar los muñequitos. No, no le puedo decir quién. Mis clientes son confidenciales. Secreto profesional, ¿me entiende? Lo que le puedo decir, es que en aquel entonces, yo tenía una vecina. Su marido le pegaba, el muy hijo de la chingada. Le pegaba tan fuerte que una noche tuve que llamar a la policía. ¿Qué cree? Llegaron y le siguieron pegando ellos también. *Pausa breve.* ¿Cómo iba a saber yo que el marido era policía? La cosa es que se me dio por hacer un muñequito de pan del marido. Me quedó igualito, fijese. Los bigotes, la panza, igualito. Estaba tan pero tan indignada que de la rabia, le aplasté la cabecita al muñequito con un vaso de vidrio. ¿Y qué cree? A la siguiente semana, me viene la vecina llorando. "¿No se enteró lo que le pasó a mi pobre Fulgencio?" Y yo pensando ¿pobre? ¡Qué pobre ni pobre, hijo de la chingada! Pero bueno, la escuché. Que me dice "¡Le pasó por arriba! ¡Le aplastó los cesos!" Y yo... ATÓNITA. Un camión lo había atropellado y le había aplastado el cerebritito de mosca ese que tenía. Adiós Fulgencio. Bye, bye.

Breve pausa.

¿Me entiende lo que le digo? ¿Ve a dónde voy con el cuento? *Golpea la puerta cerrada.* ¿Se encuentra bien? Disculpe la indiscreción, pero como está ahí tan calladito... Bueno, que se lo digo a una amiga, y a la semana siguiente... Una fila de clientes para los muñequitos de pan. Hasta podría haber dejado este trabajo, ¿sabe? Pero aquí me siento como en casa. No sé. Y no es que lo haga para ganarme el pan. Ya le digo que con los muñequitos me ha ido muy bien. Imagínese que la gente paga lo que sea. Mi trabajo es serio. Muy serio. Y cien por ciento efectivo. "Satisfacción garantizada o le devuelvo su dinero". *Breve pausa.* Lo que aún no logro calcular es el tiempo entre el inicio del sacrificio y la concreción definitiva. Así le llamo yo, Concreción Definitiva. Suena más profesional, ¿no le parece? Hasta científico, si me permite. A veces es inmediato, a veces puede pasar un día, o dos. A mí simplemente me traen la foto, eligen el tipo de castigo; esculpo el muñequito, hago mi sacrificio, cobro y listo.

Silencio. Vuelve a golpear la puerta.

Oiga, ¿se encuentra bien? ¿Hello? ¿Se encuentra usted...!

Trepa a uno de los inodoros vecinos y se asoma hacia el cubículo de la puerta cerrada. Regresa en silencio.

Mire, le voy a ser honesta. Yo no sé qué habrá hecho, porque no pregunto. *Comienza a sacarse su ropa de limpieza.* ¡Ya sabía yo que en algún lado lo había visto! ¡Su cara en la foto! ¡Si yo misma lo esculpí! ¿Cómo no me iba a acordar? *Guardando los elementos de limpieza.* ¿Cómo iba a saber que lo encontraría aquí? Espero no sea una extraña señal de los dioses. Ellos saben más que nadie que lo hago por mi mamá. Son ofrendas, sacrificios en su honor. Sólo usted y su conciencia sabrán lo que hizo. Mi turno terminó. *Checa la hora.* Bueno, lo estoy terminando en este momento. Ya me voy. Por si no me presenté, soy Agustina; o Tlatzoltéotl; o Vuestra Señora de la Inmundicia, como prefiera invocarme. Que los dioses se encarguen del resto.

Sale.

Suena mujer divina, de Agustín Lara.

Vika Fleitas Campamar
Ciudad de México, 2016